

ran indultado á Mirski. Escapado de la muerte, lo encerraron en la fortaleza de Pedro y Pablo, donde se encontraban peligrosos criminales de Estado, y cuatro años más tarde fué deportado á Kara, en donde lo encontré en la Cámara de los Nobles.

En lugar del hombre elegante y distinguido que me habían pintado en Mirski, encontré un hombre vulgar, de mediana estatura y de unos veintisiete años. No había cambiado exteriormente solo, no era ya el brillante muchacho que se precipitaba entre los coches, era de espíritu serio y reflexivo. Había meditado mucho sobre la Rusia y sobre el movimiento futuro del país. Las teorías de Marx le eran desconocidas, y sin embargo había llegado solo á las mismas conclusiones. Se mostraba escéptico respecto al proyecto de algunos revolucionarios rusos de llegar al colectivismo por la unión de bienes, idea demasiado patriarcal. No creía tampoco en la eficacia del terrorismo, porque las masas populares eran indiferentes ó apáticas, y me preguntaba, con el espíritu torturado, qué solución sería posible.

De todos los prisioneros de Kara, Mirski era el único que se aproximaba á mis ideas. Durante su permanencia en la Universidad estudió medicina, pero en la prisión se había dedicado por completo al estudio del derecho, y era un jurista consumado, muy superior á todos los que habíamos hecho un estudio especial de esta ciencia.

## CAPÍTULO XXIII

**La organización de nuestra vida en común.—Los sirios.**

### Apuesta

Encontré á mi llegada á Kara una organización sólidamente establecida para la vida en común. El principio fundamental era la igualdad de derechos y deberes. Todos los presos formaban, desde el punto de vista de la administración de sus intereses, una comunidad en la que todo el mundo estaba confundido, pero donde se tenían en cuenta los cuidados y aspiraciones individuales. Cada uno era libre de formar parte de la comunidad ó de vivir separado, pero las condiciones materiales eran las mismas para todos. El Estado daba para cada prisionero una cantidad determinada de víveres. Tres libras de pan al día, un tercio de carne y cierta cantidad de sal. Estaba además permitido que los prisioneros recibieran dinero de sus parientes y amigos para mejorar el régimen. Muy pocos tenían este auxilio, y todo dinero recibido se distribuía en común como los víveres del gobierno. Se repartía de la forma siguiente: un tercio servía para procurarse los extraordinarios, especialmente carne: en nuestro argot lo llamábamos «henchir la marmita común». Otra se destinaba á socorros á los camaradas



que dejaban la cárcel para la simple deportación, suscripción de los periódicos que se nos permitía recibir, franqueo de cartas, etc. El último tercio se repartía entre todos y se denominaba el «equivalente», para comprar té, tabaco, pescado, manteca ú otros objetos, que llamábamos «cuidados de segundo orden». Sin embargo, tuvimos que renunciar durante meses y años á estas pequeñas dulzuras á fin de poder reunir el dinero necesario para comprar un libro ú otro artículo de que teníamos necesidad.

Nuestros recursos eran limitados hasta el punto de que, durante mi detención en Kara, no se han recibido más que tres *kopecks* por hombre y por día para la marmita común. Lo cual indica no recibir más que un *rublo* por mes, y con frecuencia mucho menos. Hay que tener en cuenta que á causa de los difíciles medios de locomoción, todos los productos importados en Siberia se vendían dos ó tres veces más caros que en Rusia europea. Una libra de azúcar, por ejemplo, costaba de treinta y cinco á cuarenta *kopecks*. Los prisioneros teníamos que imponernos grandes privaciones; la mayoría no tomaba más que té de la peor calidad, y casi siempre sin azúcar; un gran número consideraban el té como un lujo y se contentaban con un poco de agua caliente. Los que usaban azúcar habían de contentarse con un terrón para todo el día. Nosotros no veíamos el dinero más que en especies, pues estaba prohibido por el reglamento de la prisión. El director recibía los envíos y los llevaba á nuestra cuenta después de advertirnos. Nosotros hacíamos las listas de los encargos. Nuestro administrador compraba los objetos y llevaba las cuentas para cuando se le pedían. Cuando las demandas eran

mayores que los ingresos, había un *menos* de tantos á cuantos *kopecks* para el mes siguiente; el que por el contrario había hecho economías, estaba inscrito con la mención de *más*. Se trataba de economizar el mes siguiente, cuando se había gastado de más en el anterior; pero había una multitud de pobres diablos que, á pesar de su voluntad, no llegarían jamás á nivelar su cuenta; les llamábamos *los menos*, mientras que los espíritus de economía se denominaban *los más*. Como no era agradable contarse entre *los menos*, se hacían esfuerzos por nivelar el *debe* y el *haber* cuando se recibía algún suplemento considerable, en Navidad ó Pascua, por ejemplo. Pero á pesar de eso, algunos no lograban jamás salir de la categoría de *menos*; algunas veces, para conmemorar una fiesta revolucionaria, se proponía *solventar* los *menos*, es decir, pagar todas las deudas. La proposición era aceptada por todos, excepto por ellos, que votaban en contra ó se abstendían de votar con gran delicadeza.

Todas las mañanas nuestro administrador venía á las puertas de las habitaciones con su registro y nos preguntaba lo que deseábamos: uno pedía un *kopeck* de azúcar, otro de té. Las órdenes se escribían y trasladaban sobre un gran libro. Poco después el administrador reaparecía y nos daba por el ventanillo de la puerta lo que habíamos pedido. El intendente de la prisión nos remitía con él los demás objetos que necesitábamos, tales como vestidos, lencería ó zapatos. Su misión era servirnos de intermediario cerca del director y ser nuestro representante en todas ocasiones.

El administrador era elegido en votación secreta por un período de seis meses. El elegido era libre de rehusar, lo que sucedía con frecuencia,



porque el cargo era honorífico y lleno de enojos y fatigas. El administrador y todos los miembros de la sociedad tenían el derecho de proponer una «revisión de los estatutos». Se hacía por escrito, y después de discutida en las diversas celdas, se procedía á la votación. El administrador recibía los papeles á través del ventanillo y nos hacía conocer los resultados. Violentos debates se trababan algunas veces; los partidos combatían unos contra otros como en el Parlamento, pero no había *cuestión de gabinete* á propósito de un voto de confianza.

Ejecutábamos nosotros mismos todos los trabajos necesarios en el interior de la cárcel, y los prisioneros de derecho común estaban encargados de todos los que exigían relaciones con el exterior, tales como transportar el agua, la leña y tirar las basuras.

Los trabajos eran para nosotros de dos clases: los que interesaban á la comunidad, tales como el servicio de la cocina ó la limpieza de la habitación, y los personales, como el lavado de ropa, costura, etc.

Todos desempeñaban los primeros, salvo los enfermos ó los de constitución débil, que estaban dispensados. El servicio de cocina lo cumplía un grupo de cinco prisioneros, que eran relevados todas las semanas. Había de siete á nueve grupos que funcionaban á un mismo tiempo. Se podía hacer en una ú otra cocina, sin preocuparse de la separación por habitaciones. Cada grupo tenía un jefe cocinero, un ayudante, un cocinero especial para los enfermos y dos hombres para los demás quehaceres. Las tareas no eran fáciles ni agradables.

Se entraba en faena desde las siete de la ma-

ñana y con frecuencia no se había terminado á las cinco de la tarde. A la noche se estaba rendido, y al fin de la semana se veía con placer que la tarea estaba concluida por algún tiempo y no se pensaba ya más que en la alegría de tenderse sobre las pieles de nuestros lechos. Estas ocupaciones introducían alguna distracción en la vida monótona de la prisión. La cocina era una especie de club, donde todas las habitaciones se confundían. Cuando la tarea se acababa, pasábamos agradablemente el tiempo, se sabían las novedades del día, se hablaba, se discutía y nos dábamos bromas los unos á los otros. Así, por ejemplo, el jefe imponía extrañas tareas á los recién venidos. Encomendaba á uno sacar las patatas de la marmita con un tenedor; otro recibía el encargo de colocarse con un gran bastón cerca del muro y de golpear la cabeza de todo el que entrara; en cuanto á mí tuve que partir granos de trigo con un enorme cuchillo.

Los cocineros tenían mucho que hacer, dado los pocos recursos de que disponían. Las legumbres eran muy raras y se hacía difícil la confección de un *menú*.

Cuando yo llegué faltaban las patatas. A mediodía, por razones de economía, no se daba más que el caldo; las viandas se ponían aparte para servir las á la tarde. Cuando me senté á la mesa para mi primera comida, ya sabía que era frugal, porque me habían hecho conocer el régimen de la prisión; pero cuando acabé mi última cucharada de sopa, sin otro acompañamiento que un poco de pan, no estaba satisfecho y pasó mucho tiempo antes que me pudiera habituar á este género de alimento.

La habilidad de los cocineros consistía en



guardar la carne del caldo para la comida siguiente; se la cortaba entonces en trozos y se la cocía con legumbres. El plato favorito de la mayoría era una especie de cocretas de carne y harina, que nuestros cocineros tenían á gran honor servirnos lo menos dos veces á la semana.

Los más golosos de entre nosotros tenían la costumbre de ir á oler al lado de la cocina y venían á traernos gozosos la noticia de que había cocretas aquel día.

Los cocineros se distinguían sobre todo el sábado, día en que su tarea semanal terminaba.

Desde hacía algunos años establecieron la costumbre de dar ese día un extraordinario llamado *piroque*, que era una especie de pasta hecha con harina y la carne guardada durante toda la semana. Se ponían de lado estos trozos de carne sobre la *piroque* y la pasta era tan abundante, que no podíamos consumirla y guardábamos un pedazo para el té de la mañana siguiente. En general el régimen era insuficiente, poco nutritivo y menos agradable al gusto. Sólo era abundante el pan, porque la ración que nos daba la administración era tan grande, que restaba siempre un pedazo: pero el que no tenía estómago para digerir estas enormes masas quedaba siempre atormentado por el hambre.

No comíamos cuanto necesitábamos más que los días de fiesta, porque aumentaban nuestros ingresos y dábamos fondos especiales á la cocina. Los cocineros rivalizaban entonces en habilidad y ponían sobre nuestra mesa los manjares más apetitosos, tales como asado, chuletas, pan blanco y hasta dulces. Es preciso hacer justicia á nuestros cocineros, entre los que había verdaderos artistas, dignos de servir en grandes casas.

El régimen de los enfermos no estaba establecido de antemano; el cocinero debía atenderlos en lo posible á medida de los recursos.

Nuestro compañero Prybyliew designaba á los que tenían derecho á este régimen de favor, y nos daba consejos médicos, pues aunque no fuese más que veterinario, tenía en medicina grandes conocimientos y una excelente vista clínica. Su fama estaba tan extendida dentro y fuera de la prisión, que las gentes venían á consultarle, aunque había tres médicos en la vecindad.

Los ayudas de cocina eran los que no entendían nada de este arte especial y no se podían encargar de tareas delicadas. Por este doble motivo yo no llevé jamás las funciones de cocinero. En calidad de ayudante tenía que ir á buscar el agua, cortar la leña, llevar á las habitaciones el agua caliente y el carbón para el *samovar*, repartir los alimentos, lavar la vajilla, encender los fogones y tener la cocina limpia. Las tareas no eran agradables, pero en cambio los ocupados en la cocina, por una vieja costumbre, recibíamos las mejores raciones.

Además del administrador, que se ocupaba de los alimentos, teníamos un repartidor de pan, cuyas funciones consistían en cortar el pan y distribuirlo en las habitaciones: los mendrugos que nos quedaban los metíamos en un saco de tela y se los devolvíamos. El los hacía pasar á la *colonia libre*, para servir de alimento á dos vacas y un caballo que pertenecían á nuestra asociación.

Otro tenía la vigilancia del gallinero, porque criábamos en el patio un gran número de pollos y nos distraíamos viendo los singulares combates en que ensayaban su fuerza naciente.

Dos camaradas tenían la dirección de los ba-



ños, velaban por la limpieza de retretes y pilas, y como los otros *funcionarios*, estaban dispensados de todo servicio de cocina.

Había aún otro cargo más elevado: el de bibliotecario. Este era elegido por votación, como el administrador, en tanto que los otros elegían por sí mismo su empleo.

Nuestra biblioteca era numerosa; se componía en parte por volúmenes llevados por los presos, en parte por obras enviadas desde fuera. Casi todos los ramos del saber humano estaban representados, sobre todo la historia, las matemáticas, las ciencias naturales. Había libros escritos en casi todas las lenguas europeas y hasta clásicas. Dos enormes armarios alineados en el corredor encerraban estos tesoros, pero una gran parte de las obras estaban continuamente entre las manos de los lectores; nuestros bibliotecarios tenían que ocuparse de la encuadernación, en la cual todos les ayudábamos voluntarios. Los útiles que teníamos eran de los más primitivos, y como las cubiertas de cartón costaban demasiado caras, las fabricábamos cosiendo unidas varias hojas de papel.

Tschuikow, que había llegado al mismo tiempo que yo, se reveló como un excelente bibliotecario: se acordaba bien, no sólo de los nombres de los que habían tomado un libro, sino que sabía decirnos con precisión admirable en qué obra se encontraba tal ó cual detalle demandado. Fué definitivamente elegido.

En las habitaciones el servicio estaba regulado de un modo perfecto. Por turno cada uno debía barrer dos veces por día, encender los hogares y sacar por la mañana los vasos de noche. Nos dábamos gran cuidado para mantener la más escru-

pulosa limpieza. Cada dos semanas había un gran lavado, se frotaba el suelo con agua caliente; el lecho, los bancos y las sillas se lavaban en el patio. Velábamos por que la ventilación fuese completa y que todas las reglas higiénicas se observasen. Se iba al baño una vez por semana, y cada uno lavaba su ropa.

Tal era nuestra organización doméstica: si se tiene á bien recordar que la mayoría de los presos en Kara eran estudiantes que venían directamente de la Universidad y no conocían nada de las tareas de la vida diaria y los trabajos del interior y se tiene al mismo tiempo en cuenta la modicidad de nuestros recursos, se podrá admirar cómo se había organizado esta vida práctica y económica. Naturalmente, todo no se había hecho en un día, y poco á poco se fué perfeccionando en el transcurso del tiempo.

El hecho de vivir siempre unidos en la misma sociedad ocasionaba con frecuencia rozamientos y pequeños disgustos que no se podían evitar.

\*  
\* \*

En medio de cada habitación, una lámpara, con pantalla sombría, estaba suspendida del techo. Por desgracia, las mesas eran largas y estrechas, lo que hacía que un gran número de sitios no estuvieran iluminados, y todo trabajo era imposible á los que las ocupaban. Los condenados á la ociosidad perjudicaban á los otros en su trabajo.

Aunque se hubiera podido remediar este desdichado estado de cosas, era imposible obtener la calma y el silencio que exigen los estudios



serios. Cuando diez y seis individuos de temperamento y aspiraciones diferentes se hallan reunidos en tan estrecho espacio, no se les puede pedir que se abstengan de toda conversación durante las interminables veladas del invierno. Era precisamente en el momento de sentarse todos en torno de la mesa cuando las conversaciones se hacían más animadas; se hablaba, se hacían chistes, se gritaba y se reía á carcajadas. Los que querían trabajar seriamente tuvieron que recurrir á un medio especial; se hicieron *sirios*, como decíamos en nuestro argot.

Los *sirios* se acostaban al anochecer, y cuando todo el grueso de la sociedad empezaba á dormir se levantaban á trabajar hasta el alba, al mismo tiempo que la estrella *Sirio* se levantaba sobre el horizonte (de donde venía su nombre), que se acostaban de nuevo para gustar de dos horas de sueño.

Se necesitaba una gran voluntad y avidez de ciencia para convertirse en *sirio*. No era fácil poder dormirse por la tarde mientras los camaradas hablaban y se hacía ruido; apenas se empezaba á descansar era preciso levantarse. Esto era muy penoso, y no pude jamás habituarme. Sin embargo, todo el tiempo que estuve en Kara, Yat-zewitch, Kaljuschni y Adrián Mikailoff no dejaron de ser *sirios*.

Casi á mi llegada á Kara aprendí una costumbre arraigada en las prisiones, y que referiré en pocas palabras.

Estábamos un día en conversación muy animada sobre la situación política de Rusia, cuando un camarada me hace la pregunta siguiente:

—Dígame, Deutsch, ¿cree usted que el zar saltará pronto?

—No—dije yo,—no se le hará saltar; creo que morirá de buena muerte en su lecho.

Mi respuesta provocó una protesta vivísima de todos lados; todos estaban conformes en afirmar que Alejandro III participaría de la suerte de su padre.

En esta época todos los revolucionarios, con pocas excepciones, estaban convencidos de la fuerza indestructible de la «Narodnaja Volja» y veían en el terror el único medio de combatir el absolutismo en Rusia.

Yo veía el movimiento revolucionario bajo un aspecto diferente. Me había ocupado ya de la organización política antes que los terroristas estuviesen en sus principios; había asistido á las luchas que sostuvieron; los vi desenvolverse; conocía personalmente á todos los terroristas, pequeños y grandes, y había llegado á la conclusión de que la «Narodnaja Volja» había pasado. La corriente que contribuyó á la fuerza de ese partido llegó á su máximum en 1881, pero después del atentado contra Alejandro II su importancia empezaba á declinar.

Como ya he referido, todos los terroristas que tenían experiencia y práctica habían sido ejecutados, y los jóvenes que los siguieron no encontraban entre las persecuciones ocasión de probar sus fuerzas. En Rusia, tanto como en el extranjero, pude comprobar que el entusiasmo de los primeros momentos había cedido el puesto á un escepticismo inquieto. Se había perdido la fe, aunque no se osaba confesarlo.

Cuando yo exponía estas consideraciones, mi camarada me preguntó bruscamente:

—¿Qué quiere usted apostar? Yo creo que matarán al zar; usted tiene una opinión diferente. Si



usted quiere, fijemos un plazo para el día en que el zar sea ejecutado por los revolucionarios.

—Está bien, acepto.

—Fijaremos cinco años, hasta el 15 de Diciembre de 1890.

—Conforme; ¿qué se apuesta?

El último punto no era fácil de precisar. Las apuestas de este género son corrientes en la prisión, como vi más tarde, y las sumas que se arriesgan sirven para los pequeños suplementos de tabaco, té, azúcar y otras comodidades.

Apostamos que el que perdiera pagaría á todos los de la habitación unos dulces: era cuestión de algunos rublos. Cuando el curso de los acontecimientos me dió la razón, al fin del año 1890, mi compañero quiso pagar y se sometió á largas privaciones para hacer honor á la promesa; pero como la mayoría de los presentes á la apuesta no estaban ya en la cárcel, pude lograr que no la cumpliera.

## CAPÍTULO XXIV

### Historia de la prisión de Kara.—El "Gato,"—La Cámara del "Synedryon,"—La primavera

Cuando se hablaba con los detenidos en la cárcel y la conversación recaía en el pasado, se escuchaba decir muchas veces: «era durante los días de Mayo» ó bien «era cerca del 11 de Mayo». Esta fecha era familiar para todos, porque los *días de Mayo* significaban lo que los *días de Febrero* en la historia de la Francia.

Lo que precedió á los días de Mayo fué la edad de oro; después los años se sucedieron sombríos y dolorosos. Será bueno referir aquí, á propósito de esto, algunos detalles.

Las prisiones para detenidos políticos datan de 1880. Antes de esta época se encerraban en las penitenciarias, que no habían sido construídas para ellos. A lo largo del río Kara había varias colonias ocupadas en el lavado del oro, cuyo producto era propiedad del zar, ó, como se dice en el lenguaje oficial, del *Gabinete de Su Majestad*. Los detenidos políticos y los de derecho común habían de ocuparse en lavar el oro para el amo de todas las Rusias.

Este oficio no tenía nada de penoso y lo cumplían de buen grado. Era más sano y agradable



trabajar algunas horas del día al aire libre que enmohecer en las prisiones. En esta época los presos de Estado gozaban de las mismas ventajas que los de derecho común, hasta se dice que recibían las mejores raciones, y una vez la pena cumplida los enviaban á la colonia penitenciaria, y podían comunicarse con sus parientes y amigos. Los detenidos políticos estaban contentos de esta igualdad con los otros prisioneros.

En Diciembre de 1880, el ministro del Interior, conde Loris Melikoff, dió orden de no enviar los reos de Estado á las colonias penitenciarias. En esta época Semjanowski, estudiante en la Universidad de Petersburgo, se suicidó, dejando escrita una carta á su padre, en la cual le decía que el solo pensamiento de ser enviado á la cárcel le sugería la fatal determinación.

Esta orden cruel fué dada en una época en que todo el mundo se creía en vísperas de un cambio completo. El rumor de tentativas revolucionarias llegaba, aunque con retraso, á los prisioneros de Kara, y la sed de libertad se hacía más ardiente. Así algunos, que tenían que pasar mucho tiempo en la prisión, decidieron evadirse. El plan se puso en práctica en Mayo de 1882.

El trabajo de lavado, donde los prisioneros eran conducidos todos los días, presentaba la ocasión. Dos presos se debían evadir cada noche.

El primero que por decisión unánime designaron los compañeros para emprender la fuga, fué el conocido revolucionario Mychkin, el cual escogió para acompañarle á Nicolás Chrukcheff, que era hombre de gran iniciativa.

Los dos consiguieron escaparse; para disimular su fuga, los compañeros los reemplazaron con maniqués. Precisamente en esta misma época, el

jefe de servicio de prisiones, Galkin Vrassky, se encontraba en Kara en compañía del gobernador Ijachewitch, y aunque la prisión fué visitada por los altos dignatarios no se descubrió la evasión. Los dos fugitivos estaban ya en camino hacia el Extremo Oriente, en dirección á la costa del Océano Pacífico. La segunda pareja se escapó algunos días después de la misma manera y con igual dichoso resultado; le llegó el turno á la tercera, después á la cuarta; pero en el momento de escapar la última pareja, el centinela hizo fuego y dió la voz de alarma á los guardias.

El golpe había errado y la fuga de los ocho prisioneros fué notada.

Esto pasaba el 11 de Mayo de 1882.

Los funcionarios se encontraban todavía en Kara, y su presencia inflamó el celo de los guardias lanzados en persecución de los fugitivos. Seis de entre ellos fueron presos y juzgados de nuevo: sólo los dos primeros quedaron en libertad.

Las represalias fueron crueles, y ejercidas contra todos los otros prisioneros. Los trasladaron á diferentes cárceles, sometiéndolos en el camino á odiosos tratos. La prisión en donde habían estado encerrados hasta entonces la arreglaron de modo que cada una de las grandes habitaciones donde vivían en común fué dividida en tres celdas tan estrechas que apenas se podían mover. En fin, con gran pena de parte de todos, se construyeron celdas separadas para algunos prisioneros.

Les quitaron los libros y todos los objetos de su propiedad particular, quedando sometidos al régimen estricto de la prisión y á mil vejaciones. Desesperados muchos se decidieron á la protesta por el hambre, y estaban ya á dos dedos de la



tumba cuando les hicieron algunas concesiones.

Mychkin y Chrutcheff quedaron todavía largo tiempo libres ocultos en Vladivostok. En el momento mismo en que iban á estar definitivamente en seguridad á bordo de un barco extranjero, conocieron los gendarmes en ellos á los dos fugitivos, buscados en vano.

Todo había sido inútil y los dos prisioneros del zar fueron de nuevo conducidos á Kara.

Numerosos cambios se habían verificado en este intervalo en la cárcel; hasta allí los prisioneros de derecho común y los políticos dependían de la misma administración. A partir de este día, los prisioneros políticos de los dos sexos fueron sometidos á la vigilancia de la gendarmería. Un oficial de esta arma había sido enviado de Petersburgo é instalado como comandante. Dos suboficiales de gendarmería desempeñaban el puesto de carceleros.

A causa de estos cambios se había modificado completamente el régimen de la prisión, y esto en detrimento de los detenidos. Se suprimieron los talleres. Los presos quedaron reducidos á la inactividad y la mayoría no dejaron más la prisión; se les prohibió al mismo tiempo toda correspondencia con sus parientes. Trece de entre ellos fueron llevados á Petersburgo, á la fortaleza de Pedro y Pablo, y diez á Schlüsselburgo. Uno solo de los últimos vive aún; los otros nueve han sucumbido en los tormentos que se les hicieron sufrir.

\*  
\* \*

Durante los tres años que transcurrieron después de los *días de Mayo* hasta mi llegada, cuatro

comandantes se habían sucedido en la prisión de Kara. Uno de ellos, convicto de haber robado cerca de mil rublos del dinero enviado á los presos, fué deportado al país de los Yakoutes.

A cada cambio de comandante habían nuevas variaciones en el régimen. Así es que los muros de separación de las habitaciones habían sido derribados y se introdujeron algunos pequeños beneficios.

Los parientes de los prisioneros habían dirigido una queja al gobernador; las órdenes de Loris Melikoff fueron consideradas como ilegales y los detenidos, conforme á la ley, se enviaron de nuevo á la colonia penitenciaria.

Las reglas estaban fijadas de esta manera: por espacio de uno ó dos años, según la condena, el prisionero estaba considerado como en *tiempo de prueba*, y debía pasarlo en la cárcel. Los otros años se llamaban *tiempo de mejoración*, y diez meses se contaban por un año. De este modo yo no había de estar en la prisión trece años y cuatro meses, sino once años y cinco meses. La ley dispone, además, que después de dos ó tres años de este *tiempo de mejoración*, los prisioneros condenados á trabajos deben ser enviados á la colonia penitenciaria, es decir, que se les concedía el permiso de residir en las habitaciones particulares que se les designan ó que pueden hacerse construir ellos mismos. Están sometidos en lo demás á las mismas prescripciones en vigor para todos los otros prisioneros. Pero esto constituye una ventaja capital, porque desde ese momento no se está obligado á pasar los días y las noches en las habitaciones comunes. Se comprende, porque para los prisioneros de Estado, gentes por lo general cultas, este privilegio tenía gran importan-



cia. Así, la alegría de los detenidos fué grande cuando dos años después de los *días de Mayo* el nuevo comandante, jefe de escuadrón Burlei, que había sucedido al ladrón Manajeff, hizo saber que dentro de poco tiempo aparecería una decisión senatorial restableciendo el reglamento, para que todos los detenidos que tenían derecho á este favor fueran enviados á la colonia penitenciaria.

Antes de que se llevase á cabo esta decisión, el comandante de espíritu humanitario, fué cambiado, y su sucesor, Nikolin, se las arregló para limitar lo más posible esta feliz medida.

El Senado había votado la ley, pero los trámites administrativos no se acababan nunca.

Nikolin era un hombre malo, de espíritu pequeño, que buscaba pretextos para molestar á los prisioneros. Escribió al gobernador que no contaba con bastante gente para vigilar la colonia penitenciaria si todos los prisioneros que tenían derecho eran enviados á ella, por lo que pedía que sólo quince fueran llamados á beneficiarse con esta medida. La falta de gente para vigilar era sólo un pretexto miserable, pero su voz fué favorablemente acogida y numerosos prisioneros que debían ir á la colonia penitenciaria se vieron obligados á renunciar á esta esperanza. A causa de este estado de cosas, cada vez que había una plaza disponible en la colonia se presentaban una docena de candidatos, entre los que Nikolin escogía á su capricho. Naturalmente, este acto de arbitrariedad le atraía el odio de los otros prisioneros, tanto más cuanto que su actitud para con todo el resto no era á propósito para atenuar la indignación que reinaba contra él.

Poco después de mi llegada, tuve ocasión de conocer á este hombre, porque en esta época ve-

nía con frecuencia á la prisión. Podría tener cerca de cincuenta años, de talla menuda y ventrudo; se daba aire de un hombre importante; el rostro redondo y rubicundo; los ojos, pequeños y verdes, miraban de soslayo; la barba era muy escasa; hacía el efecto de un gato viejo siempre en acecho, y se le designaba con el sobrenombre de *Gato*.

Todo en él inspiraba una insensible repulsión; hablaba con una voz dulzona, pero parecía presto á saltar sobre la víctima con las uñas afiladas.

No cesaba de lamentarse de su suerte, porque creía que si hubieran hecho justicia á sus méritos sería por lo menos general. Su carrera había comenzado en 1860, bajo Mourawieff, el verdugo de Wilna; contaba los servicios que le había prestado, pero desde aquella época, á pesar de haber transcurrido veinticinco años, no pasó de simple jefe de escuadrón. Esperando un ascenso, hacía alardes de celo. Un día escribió al gobernador haciéndole la siguiente pregunta, que consideraba importante: «Cuando se lavan los suelos de las habitaciones y los prisioneros tienen que salir al corredor, ¿pueden los carceleros hacerles entrar en otra celda?»

—¿Saben ustedes lo que me ha contestado?— decía el *Gato*.—Me ha respondido que me atenga al artículo 13 del reglamento, y el reglamento no tiene más que doce artículos!...

No había comprendido la ironía de la lección, y continuaba acribillando al gobernador con cartas y preguntas por la menor bagatela.

La vigilancia de la prisión no era suficiente á satisfacer su manía de investigación y el cuidado de saberlo todo; metía la nariz en todo lo que pasaba en los alrededores de Kara.

Una vez tuvo la rara felicidad de descubrir un



robo bastante impudente, que se había cometido en detrimento del Estado. El autor responsable era el mayor Potuloff, que administraba la prisión para los criminales de derecho común, el mismo que había ofrecido hospitalidad á Mr. Kennan durante su estancia en Kara.

Bajo la administración de este Potuloff, se había prendido una vez fuego al almacén donde se hallaban varios millares de quintales de harina destinada á los prisioneros. La harina estaba toda en un gran depósito, y sólo la parte superior parecía quemada, pero él dijo que el incendio lo había destruído todo. Era un gran negocio entre él y los proveedores, que se las habían arreglado para prender fuego al almacén con ayuda de algunos subordinados. Nada se hubiera descubierto á no ser por el *Gato*. Gracias á su denuncia, se formó una comisión, de la que tuvo el honor de formar parte, y pudo desplegar sus talentos descubriendo importantes robos y malversaciones.

El gentilhombre hospitalario descrito por Kennan bajo los trazos del mayor Potuloff, y que lo era en realidad, había robado sin escrúpulo los fondos públicos.

En los registros figuraban cientos de prisioneros que desde largo tiempo estaban en libertad ó se habían muerto, y continuaba haciéndolos figurar en las cuentas de alimento y vestidos, en tanto que partía como hermano con los proveedores los beneficios que le reportaba esta superchería.

El hombre perdió su empleo, pero no fué llevado ante los tribunales. Tenía protectores. Esto lo arregla todo.

\*  
\* \*

Aunque los camaradas de la Cámara de los Nobles me eran todos simpáticos, manifesté el deseo de pasar á la que estaba mi amigo Stefanowitch, pero se necesitaba el consentimiento del *Gato*. Este me lo negó, diciendo que debía solicitarlo del gobernador. Manifestó que temía que nos evadiésemos el día que estuviéramos reunidos; esto era una estupidez, porque los gendarmes nos vigilaban y toda fuga de Kara resultaba imposible; era la excusa escogida por el *Gato* para encubrir su deseo de hacer daño. No sé por qué, varias semanas después me dió el permiso de pasar al *Synedrion*, como se llamaba la habitación de mi amigo.

La vida era aquí diferente que en la Cámara de los Nobles. Gran parte de los que la ocupaban eran obreros y tenían especial afición á los trabajos manuales. Presentaba el aspecto de un vasto taller.

La posesión de herramientas de todas clases estaba prohibida, pero cada uno tenía cierto número de ellas. Todas las semanas se verificaba una visita á la habitación y no se encontraba nada. Estas visitas se hacen generalmente de una manera superficial.

Algunos de estos obreros eran maestros en su especialidad. Chrutcheff era muy notable y el herrero Bubnowski no le cedía en nada. Este había fabricado con pedazos de hierro y clavos viejos un torno pequeñísimo que podía ocultar en el bolsillo.

Gracias á este instrumento pudo hacer una cantidad de ruedas y resortes, y aunque jamás había sido relojero, fabricó un reloj, obra maestra de mecanismo, que encontró más tarde puesto en un museo de la Siberia.



No había casi ningún oficio que no se ejerciera en nuestro taller. Los que se dedicaban á una especialidad, estudiaban los manuales con paciencia, y no tardaban en ser obreros y artistas.

Nuestra habitación era una hermosa prueba de lo que produce el trato de los obreros y los hombres instruídos. Dos compañeros venían todos los días á dar lección de matemáticas y de ciencias naturales y otro enseñaba la lengua rusa. Nuestra habitación se llamaba por eso algunas veces *La Academia*.

Entre los trabajadores despertó mi atención un cierto Karl Iwanein, de origen finlandés. Su pasión era la lectura de las obras de imaginación, y estaba muy versado en ese punto. Partidario ardiente de las ideas del conde Tolstoi, cualquier objeción que se hacía contra las doctrinas de este sabio tenía el don de provocarle una violenta cólera. Era un hombre bien dotado, pero extravagante. Al poco tiempo de conocerlo lo enviaron á la colonia penitenciaria, donde no tardó en suicidarse.

Fomitcheff y Fomin se distinguían por su amor al estudio. Conocía á Fomin desde Suiza, donde vivió algún tiempo en calidad de refugiado. Antiguo oficial de infantería, había sido arrestado en 1879 por propaganda entre los soldados; se eyadió de la prisión de Wilna con ayuda de un camarada, pero no podía soportar la vida en el extranjero y volvió á Rusia, ocultándose algún tiempo. En 1882 fué arrestado de nuevo en Petersburgo y condenado á veinte años de trabajos. En Kara se entregaba al estudio de las ciencias naturales, especialmente la mineralogía.

No había conocido á Fomitcheff, pero con frecuencia oí hablar de él como de un revolucionario

muy activo. Era hijo de un pobre sacristán, había estudiado en Odesa, fué preso en 1877 á causa de su propaganda en el ejército, y enviado ante un consejo de guerra. El tribunal no encontró motivo para condenarlo y fué declarado libre en medio de la ovación que el público prodigó á él y á sus defensores.

Poco después, arrestado segunda vez, fué juzgado en compañía de otros camaradas y condenado á cadena perpetua.

Se ocupaba mucho de estudios históricos, y sobre todo de la historia de Rusia, que conocía bastante bien.

Sea por causa de sus lecturas, sea por una orientación especial de su pensamiento, nuestro amigo Fomitcheff, que era un hombre inteligente, un trabajador incansable, un excelente camarada y un carácter bien firme, llegaba á las conclusiones más extrañas. Era no sólo un celoso patriota ruso y un rusófilo, sino también, cosa que parecerá increíble, un partidario apasionado de la dinastía de los Romanoff.

¡Un prisionero político, un condenado á trabajos forzados, que era á la vez un fanático del absolutismo ruso! Era, en verdad, un admirable contraste. No se crea que tenía intención de demandar gracia ninguna; estaba convencido de que debía pasar su vida en los calabozos siberianos, pero estaba persuadido también de que el soberano velaba por el bien de sus súbditos.

Alejandro III no tenía entre sus cortesanos y altos dignatarios un partidario más fiel, y sobre todo más desinteresado, que este prisionero político relegado en Kara. Los *ukases* más ilegales y más crueles encontraban siempre en él un defensor, y las medidas más reaccionarias le parecían



justificadas, oportunas é inspiradas en el interés del pueblo, de ese pueblo que amaba sobre todo, y al que voluntariamente haría el sacrificio de su vida. Estaba convencido de que la felicidad del pueblo era obra del zar, y cualquier ataque contra éste lo ponía fuera de sí, y hasta llegaba á romper con cualquier camarada. Muchos nos preguntábamos si este hombre estaba en su juicio cabal.

Naturalmente, Fomitcheff era el único en mostrar admiración por el zar, pero muchos camaradas participaban de sus ideas rusófilas; ciertos de entre ellos tenían la firme convicción de que las condiciones sociales y económicas de Rusia eran preferibles á las de la Europa Occidental. Esta creencia en la preponderancia de Rusia, extraña en un socialista, era inspirada por la opinión corriente que dominaba en este tiempo. Toda la prensa progresista era rusófila; se afirmaba y defendía con pasión que las ideas y las condiciones especiales de Rusia eran muy diferentes á las de los otros pueblos, y se sacaba la conclusión de que la campaña revolucionaria en Rusia debía ser diferente que en los demás países. Hombres que sufrían cruelmente por la causa de la libertad, tenían ideas exactamente iguales á las de los reaccionarios más fanáticos.

Uno de los más aferrados á esta manera de ver era Nicolás Posen, que no sé por qué pasaba por uno de los prisioneros más inteligentes.

Había sido maestro de escuela en una aldea y no se mezcló jamás en el movimiento revolucionario, pero había tomado parte en la revuelta á mano armada en el momento de las prisiones de Kiew y fué juzgado al mismo tiempo que María Kowalenskaja, Natalia Armfeld y algunos otros;

lo condenaron á quince años y diez meses de trabajos forzados.

Esta pena había aumentado de quince á veinte años por tentativa de evasión. Era un hombre bien dotado é instruído, pero no tenía la menor convicción política. Su pasión era hablar y discutir. Hablaba sobre toda clase de temas durante horas enteras y demostraba todo lo que quería. Su manía de hablar era tal, que no perdía ocasión de darle libre curso. Lo mismo discutía los más altos problemas de filosofía, que descendía á las cosas más insignificantes, y con su eterno sonsonete no dejaba á los demás trabajar. Desde que abría los ojos ponía la lengua en movimiento, sin descansar desde la mañana hasta la noche.

Era un hombre muy vanidoso y muy mezquino. Descubrimos que estaba de parte de la administración para satisfacer sus vicios.

\*  
\*\*

La insuficiencia de la nutrición no tardó en influir de una manera desfavorable en mi salud. Algunos meses después de mi llegada á la prisión sentí dolor en los pies; no me podía tener derecho; ciertas partes de mi cuerpo estaban violáceas; se me movían todos los dientes, y las encías me empezaron á supurar.

Me dirigí á Prybylyeff, nuestro médico ordinario.

—¡Oh!—me dijo después de haberme examinado,—tiene usted un escorbuto bien declarado.

Me sujetó al régimen de los enfermos y recibí todos los días una chuleta sazónada con mucho ajo. No era yo solo el que sufría por el régimen de



la prisión: á la primavera siguiente un gran número de entre nosotros fueron presa de la misma afección, que, cosa extraña, parecía atacar á los más fuertes. La mejora del régimen y los cuidados de nuestro buen *doctor* combatieron enérgicamente el mal. Al cabo de algún tiempo pude andar bien, se afirmaron mis dientes y dejé el régimen de los enfermos, pero la convalecencia me duró largo tiempo.

Guardo un recuerdo muy particular de mi primera primavera en Kara. Sentí un sentimiento de nostalgia indefinible. En tanto que la Naturaleza renace á vida nueva, con un desbordamiento de savias y perfumes, la vida sin objeto y sin ideales que se desliza en la prisión pesa sobre nuestro espíritu. Es preciso renunciar hasta á la lectura. Las letras danzan delante de los ojos, no se tiene conciencia de nada, sólo la imaginación trabaja. Cuando todo revive y se agita, la cautividad parece absolutamente insoportable.

Nuestra prisión estaba situada en una especie de valle, entre dos filas de colinas, que divisábamos desde el patio. Estaban cubiertas de vegetación escasa, pero en primavera nos hacían el efecto de un paraíso y atraían con fuerza invencible nuestras miradas. Cerca de nosotros no había más que la superficie plana del patio, sin la menor brizna de hierba. Nuestras miradas vagaban por las lejanías y nos representábamos qué bien debería estarse sentados entre las matas, á la sombra de los árboles.

Le pedimos al *Gato* que nos dejara hacer un jardín en el patio de la cárcel; el sitio era más que suficiente y el trabajo sería bueno para nosotros; además, contábamos con tener un cuadro de legumbres, cuya falta influía funestamente en nues-

tra salud. El *Gato* rehusó con seriedad. Si teníamos instrumentos para labrar la tierra, podíamos servirnos de ellos, abrir un agujero y escapar. Como uno de nosotros había recibido semillas de flores en una caja de madera, el *Gato* le hizo enterrarlas. ¡Podíamos esconder entre la tierra algún objeto prohibido! Estas miserias y estas bajas nos irritaban contra el odioso bruto. Hasta los más pacíficos nos sentíamos dispuestos al odio, que amenazaba estallar á la primera ocasión.

Debió darse cuenta de esto, porque se mostraba cada día más desconfiado y venía menos á la prisión. Estaba en guardia, comprendiendo que había en torno suyo enemigos cuyo odio era plenamente justificado. Vivía solo en su casa con su cocinera, sin osar ir á ninguna parte ni tratar á nadie. Es sorprendente que entre tantos hombres como deseaban su muerte, ninguno pusiera el proyecto en ejecución.

Finalmente, el comandante no pudo soportar más tiempo este género de existencia y solicitó su traslado. En la primavera de 1897 accedieron á su deseo y partió acompañado de las maldiciones de toda la población de Kara.